

Elecciones en 2027

DIEGO CARCEDO



Parece que Pedro Sánchez salió muy reconfortado del congreso que la mitad activa del centenario PSOE celebró este fin de semana en Sevilla. Escuchó aplausos de una intensidad que no recordaba, los centenares de participantes dieron la impresión de que el partido está unido y, eso sí, la ausencia de representantes tan significativos como Felipe González o Alfonso Guerra nadie la echó de menos. El presidente intentó parecer eufórico en todo momento y no le faltaban razones. Se le reconoció el victimismo, prácticamente nadie levantó la voz para llamar la atención del Gobierno sobre algunos asuntos graves ni mucho menos para recordar los nombres tabús que, parodiando sus palabras, enfangan la situación política: desde el fiscal general del Estado, Álvaro García Ortiz, hasta algunos miembros de su propia familia. En cambio, sí se expresaron críticas a los jueces que, según algún líder, se entrometen en los asuntos políticos para desestabilizar.

Tampoco se mencionó todo el embrollo del comisionista Víctor Aldama, que no para de denunciar sobornos, y sus adláteres encabezados por el exministro José Luis Ábalos o Koldo García; ni por supuesto el del último, de momento, principal peligro para la tranquilidad en la Moncloa, Juan Lobato, que lejos de someterse a la férrea disciplina que se pretende imponer en

el partido se ha convertido en el principal enemigo.

Apenas Emiliano García-Page, el presidente de Castilla-La Mancha, expuso algunas críticas tibias a una gestión volcada en asuntos como la amnistía a Puigdemont o el olvido de los problemas que más inquietan a los ciudadanos, desde la escasez de viviendas hasta el encarecimiento de la vida. Tampoco se suscitó la necesidad de encontrar soluciones para el desempleo y la afluencia de inmigrantes ilegales. La crítica reiterada a la oposición democrática y a la prensa acusada de difundir la verdad ocuparon muchos minutos de los intervinientes. El tema subyacente estuvo ocupado por la defensa de la actuación de Sánchez en estos años que encabeza el poder, sin reparar en el respaldo que le sustentan cinco partidos independentistas que pretenden dividir a España en parcelas y la promesa de seguir así otros tres años a los que se sumarán la siguiente legislatura.

El verbo dimitir no se manejó en los debates, condescendientes con la situación que atravesamos aunque algunos se quejaban en voz baja. Entre otros miembros activos de la militancia eufóricos se comentó la necesidad de empezar a trabajar con vistas a los casi tres años que faltan para que tengamos que volver a votar: «2027 está ahí. Y estas cosas exigen empezar a trabajar, nada de dormirse».

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Otra ventanilla



Poca sorpresa en que el odio en las redes sociales esté coordinado. En que haya patrones comunes. También hay seguidismo. Uno te llama pedazo de mierda, otro facha y se van encadenando los insultos. Hasta que lo que sea que haya ofendido se olvida. Pero se odia. No sé, a Ayuso. A Sánchez. A cualquiera. Lo que más me fascina del estudio a partir de la investigación de ocho universidades es eso de los «odiadores de medios». Con patrones de escritura semejantes en X, Fa-

cebook y las webs de los propios medios. Con el odio de baja intensidad convirtiéndose en parte de la cultura. «No generan violencia, pero generan tolerancia ante la hostilidad...». Lo sorprendente en los odiadores de medios es que cada vez se leen menos periódicos. Se leerán noticias en internet, no periódicos. Me parece bien el odio, pero si te lees los periódicos de manera habitual. Si sabes qué se escribe ahí en general. Lecciones de ignorantes odiadores, a otra ventanilla.

Una llamada

Sabemos que seguiremos luchando hasta el final e incólumes al desaliento, pues un día de estos sonará el teléfono

ALGO QUE DECIR
PASCUAL GARCÍA

Escritor



Estoy seguro de que todos alguna vez hemos esperado una llamada que no llegaba nunca durante mucho tiempo. Permanecíamos junto al teléfono expectantes y nerviosos buena parte del día o muy cerca y lo mirábamos con fijeza, como si pudiéramos adivinar en qué momento comenzaría a vibrar el aparato ouviésemos el poder de provocar la llamada con nuestra fuerza interior. Aunque la llamada no llegaba nunca, y hoy, con los móviles, es más fácil pero más inquietante. Los llevamos con nosotros hasta en el aseo, estamos seguros de que no dejaremos de oír el conocido politono. Se trata de la obsesión de la llamada que no suena, de ese fantasma del oído que nos persigue, pues a nosotros nos parece que estamos a punto siempre de escuchar su timbre, pero ni con esas.

A veces creemos que lo oímos en nuestro cerebro, porque tal vez viene con nosotros siempre y porque nos solivianta de continuo. De hecho estamos en perpetua inquietud. El primer día lo pasamos en actitud de empeño, porque más pronto que tarde sabemos que nos sonará el corazón y contestaremos con un dime dulce y condescendiente, a pesar de que nos hemos jurado no contestar a su llamada, no hacerle caso, no precipitarnos para tocar su voz y sentir su terciopelo de rosa, estamos enamorados, es cierto,

necesitamos mucho ese trabajo y nos encantaría que nos publicara nuestro último poemario ese sello editorial pero eso no basta. Daríamos cualquier cosa por ese puesto en la empresa o porque nuestra última novela en la que hemos puesto nuestro empeño ganara ese codiciado premio, pero hay límites para todo y en un momento dado, tal vez al tercer día, como la llamada no llega, nos volvemos escépticos y damos marcha atrás. No merece la pena, nos decimos convencidos, habrá otras ocasiones y estaremos ahí. Las uvas estaban verdes, acaso haya sido para bien, pero en el fondo sabemos que hemos perdido la partida por esta vez, que estamos cansados de perder siempre y de que el teléfono no suene como si nos estuviera haciendo un boicoteo constante, no porque estemos gafados o no se nos valore, sino porque te-

nemos que persistir aún más en nuestro empeño, sea el que fuere. Aunque a veces aquella llamada que nos prometieron no llegó nunca y murió en algún recodo de la memoria, no pudimos publicar en aquella editorial de nuestro gusto, no conseguimos aquel trabajo ni tuvimos acceso a aquella mujer que terminó por olvidarnos y a la que nosotros tampoco recordamos ya.

Pero no hemos olvidado la tensión del tiempo transcurrido, las ilusiones que nos hicimos mientras tanto, las ocasiones en que nos contamos el cuento de la lechera, porque hemos intentado llegar hasta el final sin que se nos

derrame su contenido, y a lo mejor sea esta la vida, en todo esto consiste su verdad, su secreto, no en alcanzar la meta, sino en proponérselo, procurarlo para que nuestros días no se nos escurrieran entre los dedos como el agua, pues hemos pretendido un afán, hemos peleado por él y el destino, las circunstancias y la vida nos lo han negado. Por eso sabemos con firmeza que seguiremos luchando hasta el final e incólumes al desaliento, pues un día de estos sonará el teléfono al cabo y preguntarán por nosotros.

Podemos regocijarnos en el fracaso, como si nos alimentara su dulzura podrida, en ese romanticismo de segunda clase para el que hay que nacer y que no lo hacemos nuestro, porque no nos ha tocado de verdad, pero en el fondo sabemos que no nos quedará más remedio que aguardar para otra ocasión, para cuando el azar nos tenga reservado nuestro premio. Venimos esperando desde que éramos críos y los Reyes Magos nunca nos

echaban la bicicleta deseada y más tarde concentramos todo nuestro interés en aquel primer libro de cuentos que, a pesar de haber ganado un buen premio del Ministerio de Cultura y haber sido aceptado por una importante editorial catalana, tardó aún un par de años en aparecer. Porque hemos de reconocer que las cosas nos han costado siempre, pero muchas veces también ha sonado esa llamada que hemos esperado siempre.

**Todos alguna vez
hemos esperado
una llamada que no
llegaba nunca
durante mucho
tiempo**

CARTAS AL DIRECTOR

La honradez maltratada

La honestidad en la vida civil ha sido considerada como un plus, muy positivo, de excelencia, en el ser humano. Hoy la honradez ha sido manipulada, maltratada, abusada y violada. Si se descubre al autor, te responderá que es mentira, que es un bulo.

Hubo un tiempo en el que las promesas se acordaban con una simple palabra: el acuerdo. Un apretón de manos entre dos personas era suficiente; no era necesario firmar un contrato. Hoy es necesario ir al notario

para que dé fe de un acuerdo. En otro tiempo, la honradez fue un valor esgrimido por la izquierda para convencer a la sociedad de sus verdaderas intenciones. Hoy se tiene la capacidad de prometerlo y firmarlo, pero termina en papel mojado. No cumplir lo prometido o negar lo que se ha hecho o dicho está a la orden del día.

Un paradigma de la honradez política se escenificó en el político promotor de Izquierda Unida, Julio Anguita. Estas palabras fueron dirigidas a sus seguidores: «Lo único que os

pido es que pidáis a los políticos por lo que hacen, por el ejemplo, y aunque sea de la extrema derecha, si es un hombre decente y los otros son unos ladrones, votad al de la extrema derecha. Eso me lo manda mi inteligencia de hombre de izquierdas. Votad al honrado, al ladrón no lo votéis aunque tenga la hoz y el martillo». Yo añado: aunque tenga la rosa en la mano.

La degeneración del concepto de honradez ha llegado a límites nunca imaginados en los políticos. Lo que es blanco quie-